



Entre el debate y el diálogo – La Unión Europea como mediadora de memoria ¹

Between debate and dialogue - the European Union as a memory mediator

Aline Sierp

(Maastricht University)

[aline.sierp@maastrichtuniversity.nl]

<http://dx.doi.org/10.12795/IC.2018.i01.01>

E-ISSN: 2173-1071

IC - Revista Científica de Información y Comunicación

2018, 15, pp. 29 – 55

Resumen

El presente artículo analiza el contexto más amplio del conflicto político en torno a la memoria pública de los acontecimientos de 1989. A tal fin, se recurre al concepto de *lieux de mémoire* para intentar explicar por qué se eligió el 23 de agosto de 1939 como “Día Europeo de Conmemoración”, en lugar del 9 de noviembre de 1989. Al investigar con detenimiento el papel que los diferentes actores de la memoria desempeñaron en los debates a nivel europeo, se plantea la idea de que el aniversario del Pacto Mólotov-Ribbentrop tuvo más éxito a la hora de hacerse un hueco en el calendario conmemorativo europeo por permitir la promoción de un relato unificador del pasado del viejo continente.

Abstract

*This article analyzes the broader context of the political conflict around the public memory of the events in 1989. To this end, the concept of *lieux de mémoire* is used to explain why August 23, 1939 was chosen as “European Day of Remembrance”, instead of November 9, 1989. By carefully investigating the role played by different memory actors in debates at European level, it is suggested that the anniversary of the Mólotov-Ribbentrop Pact had more success making a hole in the European commemorative calendar for allowing the promotion of a unifying story of the old continent past.*

1 Una versión en inglés de este artículo se publicó como Sierp, A. (2017). 1939 versus 1989 – A Missed Opportunity to Create a European *Lieu de Memoire*? *East European Politics & Societies*, 31(3), 439-455.

Palabras clave

conmemoración, 1989, 1939, Unión Europea, totalitarismo, políticas de memoria

Keywords

commemoration, 1989, 1939, European Union, totalitarianism, memory policies

Sumario

1. Introducción
2. El contexto más amplio de la memoria en la UE
3. La Unión Europea y 1989
4. 1989 como *lieu de mémoire*
5. El 23 de agosto de 1939
6. ¿El 23 de agosto de 1939 como *lieu de mémoire*?
7. Conclusiones
8. Bibliografía

Summary

1. *Introduction*
2. *The broader context of memory in the EU*
3. *The European Union and 1989*
4. *1989 as lieu de mémoire*
5. *August 23, 1939*
6. *August 23, 1939 as lieu de mémoire?*
7. *Conclusions*
8. *Bibliography*

1. Introducción

Desde Argentina hasta Camboya, desde Sudáfrica hasta Alemania, los ciudadanos y los legisladores se han esforzado por lograr un equilibrio entre la reconciliación, la restauración y la conmemoración. Sobre todo desde 1989 y el fin de la Guerra Fría, la memoria como elemento de justicia transicional se ha convertido en un tema discutido también a nivel europeo. Con la adhesión a la Unión Europea (UE) de trece países que habían vivido dos dictaduras en los últimos ochenta años, la cuestión de cómo abordar el pasado divisorio de Europa ha cobrado mayor notoriedad. Los debates y las discusiones sobre la posible equivalencia entre la experiencia del comunismo y del nazismo a menudo reflejan divisiones en el seno de cada estado-nación, pero también incluyen un nuevo elemento, a saber, la lucha por el reconocimiento y la justicia de los nuevos Estados miembros de la UE. Esto se manifestó de forma muy elocuente en 2008/2009, cuando los distintos exponentes de las instituciones europeas tuvieron que escoger un nuevo “Día Europeo de Conmemoración” para solemnizar el final de la Guerra Fría. Para sorpresa de muchos, se eligió el 23 de agosto de 1939 –día en el que Joachim von Ribbentrop y Viacheslav Mólotov firmaron el “Tratado de no Agresión entre Alemania y la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas”– en lugar del 9 de noviembre de 1989 –fecha de la caída del Muro de Berlín–. En el presente artículo mi intención es ofrecer una explicación para esta inesperada elección por parte de las instituciones europeas, respondiendo a la cuestión de por qué el 23 de agosto de 1939 se ha convertido en un día conmemorativo a lo largo y ancho de la UE, en lugar del 9 de noviembre de 1989, a pesar de la innegable importancia que tuvo el período 1989-1991 para la historia reciente de Europa, simbolizando no solo el final de la prolongada partición del continente, sino también allanando el camino a la ampliación, quince años más tarde, de la UE hacia el este. En este contexto argüiré que la forma en la que la UE ha abordado este conflicto de memoria en particular es un excelente ejemplo de cómo se ha arrogado el papel de mediadora de la memoria.

Estudios anteriores intentaron dilucidar los debates y las discusiones sobre la memoria que tenían lugar en las instituciones europeas en función de conflictos políticos o reivindicaciones. Los estudiosos tienden a centrarse en la división este-oeste dentro de la UE para intentar explicar las dinámicas en juego a nivel político y a vincular estrechamente los temas de memoria

con cuestiones identitarias. Mientras Kattago y Challand ponen el acento en la importancia ontológica de las discordias y los debates sobre la memoria a un nivel europeo para dar a conocer y a visibilizar las distintas interpretaciones del pasado, Littoz-Monnet alega que los diferentes actores políticos simplemente utilizan la arena proporcionada por las instituciones europeas como si fuera una plataforma más para promocionar sus propios discursos de la memoria (Kattago, 2009; Challand, 2009; Littoz-Monnet, 2013). Del mismo modo, Closa se centra en el elemento deliberativo en los debates europeos que permite a los “empresarios de la memoria” de los países de la Europa Oriental reclamar el reconocimiento (Closa, 2010).

Pese a ser contribuciones importantes, hasta la fecha la investigación ha pasado por alto el contexto más amplio de aquellos enfrentamientos relacionados principalmente con los sucesos en torno a 1989. En los estudios más recientes se analiza 1989 en su función de línea divisora, como momento decisivo que marcó la reconfiguración de los relatos de la memoria existentes a nivel tanto nacional como supranacional (ver Mark, Saunders, Blaive, Hudek y Tyszka, 2015; y Challand, 2009). Lo que ha faltado hasta la fecha son estudios que se centren la memoria de los eventos de 1989 como objeto de investigación. Si bien los estudiosos han abordado la medida en que 1989 se ha convertido en un momento histórico clave en diferentes estados europeos (Sarotte, 1989; François, Kończal, Traba y Troebst, 2013; Bernard y Kubik, 2014) sigue existiendo una falta de estudios equivalentes a nivel supranacional. ¿Cómo recuerdan el fin de la Guerra Fría las distintas instituciones europeas? ¿Es posible discernir la misma división este-oeste que en algunos casos se solapa con una brecha entre las posturas de derecha-izquierda detectada en los debates sobre el Holocausto? ¿Qué papel desempeñan los partidos transnacionales en el Parlamento Europeo (PE) en este contexto? ¿Hasta qué punto logran enmarcar las discusiones sobre la relevancia de 1989 y la conmemoración de la experiencia del totalitarismo en Europa?

En el presente artículo intentaré responder a esas preguntas profundizando en las complejas dinámicas que subyacen en la toma de decisiones en el seno de la UE. Desde una perspectiva constructivista y con un análisis de marco (Kuypers, 2009) investigaré cómo los distintos actores en el PE, el Consejo Europeo y la Comisión Europea han discutido, negociado e informado sobre el fin de la Guerra Fría y su relación con conflictos anteriores. El material de referencia proviene

tanto de los archivos históricos de las instituciones europeas como del sitio web EUR-Lex, que contiene documentos oficiales publicados desde 1989 por las tres instituciones. El marco teórico se deriva del concepto de *lieu de mémoire* de Pierre Nora, que apareció por primera vez en la introducción que escribió para su obra de siete tomos sobre los lugares de la memoria franceses (Nora, 1984-1992). Yuxtaponiendo los *milieux de mémoire* (entornos de la memoria) y los *lieux de mémoire* (lugares de la memoria), Nora habla de lugares en el tiempo donde la memoria se cristaliza y se segrega. Según el autor, la aparición de esos “lugares de la memoria” va de la mano de la desaparición de los “entornos reales de la memoria” que durante décadas han proporcionado un repositorio para los valores colectivamente recordados y han ayudado a proporcionar a la sociedad una estructura religiosa, ideológica, cultural, política y social. Según Nora, el cambio social, junto con la extensión del modo de percepción histórica a través de los medios de comunicación, han llevado a la erradicación de la memoria por la historia y la lenta desaparición de referentes para la formación identitaria. Éstos solo sobreviven en los lugares de la memoria que retengan el poder simbólico de aquellos marcos intelectuales, políticos e históricos que se han esfumado. En la opinión del autor, varios factores han de darse antes de que un “lugar” se convierta en un *lieu de mémoire*: ha de tener un aura simbólica, de convertirse en un objeto de culto y de romper con la continuidad temporal. Además necesita basarse en la voluntad de recordar y poseer la capacidad de metamorfosis (Nora, 1989).

Aunque Nora ha sido criticado por su descripción algo esquemática de las profundas transformaciones en la cultura de la memoria desde el comienzo de la modernidad hasta la post-modernidad contemporánea, así como por su distinción clara, pero un tanto artificial entre la historia y la “verdadera” memoria, resulta incuestionable su influencia innovadora. Desde la publicación de su magna obra, el concepto de *lieux de mémoire* ha sido una constante en los estudios contemporáneos sobre la memoria colectiva y la conmemoración pública. Desde entonces muchos autores han replicado el estudio de Nora en su propio contexto nacional o lo han reinterpretado a un nivel europeo (Brix, Bruckmüller y Stekl, 2004; Feldbæk, 1991; François y Schulze, 2001; Isnenghi y Alessandrone, 1996; Den Boer, Duchhardt, Kreis y Schmale, 2011; François y Serrier, 2012). El empeño de Nora en distinguir entre los aspectos materiales y los elementos funcionales y simbólicos de las representaciones de

la memoria colectiva se ha considerado especialmente fructífero para el estudio de las conmemoraciones públicas de fechas y eventos importantes. Al mismo tiempo, afianzo aún más mi compromiso con la noción de “acontecimiento de la memoria” de Alexander Etkind et al. (Etkind, 2012). Según los siete autores, un “acontecimiento de la memoria” implica revisar el pasado de modo que conduzca a una ruptura con su representación aceptada. Tiende a ser un fenómeno desterritorializado y temporal, un momento de agitación y de transformación en la esfera pública que tiene su origen en una variedad de géneros y contextos para cambiar la forma en la que se conmemora el pasado. En tanto que la conceptualización de Nora será útil para clasificar las diferentes fechas conmemorativas, la noción de acontecimiento de la memoria de Etkind et al. ayudará a explorar la cuestión de qué ocurre cuando la UE conmemora oficialmente cualquiera de esas fechas.

Adoptando tanto el marco analítico de Nora para la clasificación de los “lugares de la memoria” importantes, como el concepto de “acontecimiento de la memoria” de Etkind et al. a la hora de examinar detenidamente, en especial los debates, informes y resoluciones, mi objetivo es determinar si 1989 se ha convertido en una suerte de *lieu de mémoire* a nivel europeo o simplemente en el eje central de un debate mucho más amplio sobre las divergentes memorias del pasado en Europa. De este modo mi intención no es abordar directamente los debates sobre el nazismo y el estalinismo como tal, sino la forma en la que esos debates han empezado a orientar a las políticas de memoria a nivel europeo.

2. El contexto más amplio de la memoria en la UE

Cualquier intento de comprender el papel de 1989 en las políticas de memoria europeas debe partir de una investigación sobre el contexto más amplio del marco conmemorativo en la Unión. Desde sus inicios en 1951, la UE ha venido definiéndose a partir de la referencia al trasfondo de su pasada experiencia bélica y dictatorial. La determinación de evitar otra guerra entre las naciones europeas se ha convertido desde entonces en el eje central del relato principal de la integración europea y en una suerte de mito fundacional (Beattie, 2007). Por mucho que la experiencia bélica y dictatorial se considerara un punto de referencia para las naciones de la Europa Occidental durante la Guerra Fría,

no obstante se prestó poca atención a uno de sus aspectos: el Holocausto. Al igual que lo sucedido a nivel nacional, donde el Holocausto no había calado en el discurso público y donde su conmemoración no había sido institucionalizada hasta los años setenta, a nivel europeo hubo un pronunciado silencio.

A nivel tanto nacional como europeo, los debates políticos e intelectuales durante las primeras cuatro décadas tras la guerra se centraron más en el reto de la reconstrucción y en el porvenir del proceso abierto hacia la integración europea que en cuestiones de responsabilidad y de rendición de cuentas relacionadas con el genocidio (Sierp, 2014). Esta situación cambió radicalmente después de 1989 con la conclusión de la Guerra Fría. El Holocausto, que no había tenido importancia alguna para la inicial integración occidental, se convirtió en un punto de referencia central para definir los valores y las metas políticas de la UE (Probst, 2003). Uno de los signos más visibles de este derrotero fue la aprobación oficial, por parte del PE, de varias resoluciones que abordaban específicamente la Segunda Guerra Mundial y el asesinato de los judíos europeos (Parlamento Europeo, 1993, p.118; 1995, p.132; 2001, p. 503; 2005, pp. 37-39; 2006, pp.392-394; 2009). En el año 2000, tras el Foro Internacional de Estocolmo, se estableció el 27 de enero como Día Internacional de Conmemoración en Memoria de las Víctimas del Holocausto, que desde entonces se ha convertido, junto con el 9 de mayo (el aniversario de la Declaración Schuman), en una fecha señalada para actos conmemorativos en toda Europa que reúnen a políticos y a ciudadanos de diferentes países.

La primacía que ha adquirido el Holocausto en la Europa Occidental, en su papel de símbolo de la “máxima expresión del mal” con la que contraponer la identidad de las sociedades democráticas liberales de Europa, no fue impugnada de manera significativa hasta la ampliación de la UE hacia el este en 2004. Con la adhesión a la Unión de diez países de la Europa Central y Oriental (PECO), para los que 1945 no significaba la liberación de la dictadura nazi/fascista, sino más bien el comienzo de un nuevo período de represión, otro marco conmemorativo salió a la luz. Al plantear la idea de que las penalidades sufridas bajo el nazismo y el estalinismo eran comparables y, como tales, debían recibir el mismo reconocimiento, los Miembros del Parlamento Europeo (MPE) por los PECO empezaron a cuestionar seriamente el relato establecido, según el cual, la Segunda Guerra Mundial y el Holocausto habían sido hechos singulares e irrepetibles que no podían compararse con otro conflicto armado o genocidio.

En particular, los MPE polacos y bálticos no solo criticaron enérgicamente la miopía de la UE con respecto a ciertos aspectos de la Segunda Guerra Mundial, sino que también condenaron el sesgo patente en su manera aproximarse al pasado que convertía a los represaliados por el comunismo en víctimas “de segunda categoría” (Mälksoo, 2009). Tras los debates sobre el tratamiento igualitario de las víctimas de los diferentes regímenes totalitarios, 1989 como momento decisivo en la historia reciente de Europa empezó a recibir cada vez más atención. Su papel simbólico para la definición del nuevo camino que Europa había emprendido desde el fin de la Guerra Fría empezó de repente a ocupar un lugar central.

3. La Unión Europea y 1989

Los sucesos en torno a 1989 habían sido seguidos activamente y deliberados a fondo por las instituciones europeas. Fue ante todo en el PE donde se debatió larga y tendidamente sobre la perspectiva de cambio democrático en la Europa Central y Oriental. Ya antes de la caída del Muro de Berlín, el PE había seguido de cerca la evolución de los acontecimientos al otro lado del Telón de Acero. En 1988, aprobó dieciséis resoluciones y dedicó ocho debates diferentes a lo sucedido en la Europa Central y Oriental. En 1989 las resoluciones adoptadas fueron veinte. En trece debates y cuatro informes se abordaron las novedades en los PECO. El análisis de las actas parlamentarias entre 1979 (cuando se celebraron las primeras elecciones directas al PE) y 1991 (año de la disolución de la Unión Soviética y la conclusión oficial de la Guerra Fría) revela la especial preocupación del PE en lo que respecta a cuestiones relacionadas con los derechos humanos. Específicamente, la cuestión de si una defensa estricta de los derechos humanos y el nuevo clima de distensión eran complementarios o incompatibles y si la Unión debía ejercer presiones sobre los PECO a fin de que respetasen los derechos fundamentales, tendía a monopolizar casi todos los debates (Sierp, 2015).

La preocupación por la democracia y la autodeterminación nacional en una región geográfica que había estado vedada a los esfuerzos de integración europea era presumiblemente un problema subyacente que iba mucho más allá: la garantía del supuesto papel de la EU como guardiana

de los derechos humanos y defensora de la democracia. Esta inquietud se observaba claramente y de manera especial en los debates entre las distintas instituciones europeas sobre cómo buscar el equilibrio entre las concesiones a asuntos relacionados con los derechos humanos y el cumplimiento de los acuerdos internacionales. Puede que sea una de las razones por las que las consideraciones económicas tuvieron sorprendentemente poco peso en los primeros debates sobre las repercusiones de 1989. Solo se abordaron con relación a la importancia de la estabilización política de los PECO y las implicaciones que pudiera tener la cooperación política, cultural y científica para la transición a una democracia de mercado –asuntos sobre los que todos los actores políticos estuvieron de acuerdo–. Hubo diferencias de opinión esencialmente sobre dos cuestiones: a) la reunificación alemana y b) el derecho a la autodeterminación de los estados bálticos, la República Democrática Alemana (RDA) y Yugoslavia. En ambos casos estos debates acalorados fueron marcados por asuntos de seguridad.

En el transcurso de 1989 se rebajó la crispación entre los distintos actores. Si bien las preferencias políticas del Consejo, la Comisión y el PE divergían inicialmente, normalmente se llegaba a un acuerdo cuando apremiaba la necesidad de tomar decisiones. Hasta qué punto los representantes políticos de todos los sectores eran conscientes de la importancia histórica de lo acontecido se pone en manifiesto cuando se observa el tipo de retórica desplegada en los debates y en los posteriores documentos oficiales publicados justo después de la caída del Muro de Berlín el 9 de noviembre. En todos los discursos y documentos públicos, 1989 se definía como uno de “los mayores acontecimientos históricos, políticos y culturales”², “el reto del siglo XXI [...] que ha cambiado el semblante de Europa”³ y la voluntad de “sentar las bases de un nuevo orden internacional”⁴. El acontecimiento provocó incontenibles muestras de alegría y entusiasmo entre todos los representantes, pese a que la mayoría de ellos se sentían claramente superados por la velocidad de vértigo de los acontecimientos.

2 Discurso de Jean-Pierre Cot, debates del Parlamento Europeo del 22 de noviembre de 1989, No 3-383/151.

3 Discurso de Helmut Kohl, debates del Parlamento Europeo del 22 de noviembre de 1989, No 3-383/151.

4 Discurso de Jean-Pierre Cot, debates del Parlamento Europeo del 22 de noviembre de 1989, No 3-383/151.

4. 1989 como lieu de mémoire

Dada la importancia que el período 1989-1991 tuvo en la historia reciente de Europa, simbolizando no solo el fin de la prolongada y artificial partición del continente, sino también allanando el camino para la ampliación de la UE hacia el este quince años más tarde, era de esperar que adquiriera protagonismo en conmemoraciones posteriores y que se convirtiera en una suerte de *lieu de mémoire* europeo. Aplicando el concepto de Nora a los hechos de 1989, argüiría que, en teoría, las convulsiones en la Europa Central y Oriental cumplen todas las condiciones como para ser denominadas *lieux de mémoire*. Pueden entenderse, en el sentido de Nora, como “Cargados de un sentido pesadamente simbólico y que parecieran, en el instante de su desarrollo, conmemoraciones anticipadas de sí mismos” (Nora, 1989, p. 22). Tienen de hecho un aspecto material en forma de vínculo estrecho con lugares topográficos. El más destacado es el Muro de Berlín (o lo que queda de él). El papel que desempeña en la encarnación de una experiencia incommunicable confiere a 1989 una serie de elementos funcionales y simbólicos: la pacífica transformación de un sistema político por medio del activismo de sus propios ciudadanos. Es principalmente su sentido de “ruptura”, de nuevo inicio que se desprende de todas las estructuras sociales y políticas previas que, hasta entonces, habían constituido diferentes formas de *milieux de mémoire*, lo que da un significado especial a 1989.

Evidentemente, no se debe olvidar el hecho de que 1989 no significó exactamente lo mismo para toda la Europa Central y Oriental a la hora de despojarse de las ataduras del comunismo, lo que quizá explique por qué este año no tiene la misma resonancia en la Europa postsoviética (por ejemplo en los estados bálticos), que 1991. La investigación sobre los múltiples desenlaces de la Guerra Fría sugiere, por ejemplo, que si bien el derrumbamiento del Pacto de Varsovia y la reunificación de Alemania se entendían normalmente como el principio del fin de una era en Europa, en un principio no se intentaron llevar a cabo cambios estructurales en la Unión Soviética (ver Pons y Romero, 2005; Prados, 2011). Un argumento similar sirve para los distintos países de la Europa Central y Oriental. La mayoría de ellos (especialmente Polonia y Rumanía) discrepa con el enfoque exclusivo en el 9 de noviembre de 1989 y preferirían que se conmemorara una fecha más acorde con los acontecimientos específicos

que finalmente desencadenaron el colapso del sistema en sus propios países (a saber, los Acuerdos de la Mesa Redonda alcanzados en Varsovia en 1989 o el comienzo de la revolución rumana el 22 de diciembre del mismo año). Más aún, sigue existiendo una considerable división de opiniones entre los actores sobre el legado de 1989. Muchos políticos conservadores y populistas valoran unas actitudes determinadas, entre críticas y militantes, hacia 1989, centrándose en las insuficiencias de la justicia transicional en el período inmediatamente después de 1989 (que perciben como un efecto secundario de las “revoluciones pacíficas” y/o de la “traición” de los disidentes liberales en 1989).

Sin embargo, a pesar de las variadas connotaciones que tuvieron los acontecimientos en contextos nacionales distintos, para muchos ciudadanos de los PECO éstos simbolizaron una ruptura con el régimen anterior, el anhelado “regreso a Europa” y, en muchos casos, la posibilidad de redefinir su identidad al reconectarse con una tradición democrática mucho más antigua. Así, considerando la importancia que ha cobrado en los recuerdos públicos y privados, era de esperar que, con el fin de la Guerra Fría, 1989 ocupase un lugar preferente en las conmemoraciones a nivel, no solo nacional, sino también europeo. Como se ha visto antes, la historia siempre ha desempeñado un papel importante en la autodefinición y la conceptualización propia de la UE. De manera especial, la memoria de un pasado sombrío ha servido de referente para definir un conjunto de valores positivos de cara al futuro. Las revoluciones pacíficas de 1989 podrían representar otro hito en el camino de la UE desde una comunidad económica muy estrechamente definida, hacia la unión política de estados-nación independientes unidos por el mismo peso que conceden a los principios de derechos humanos, el estado de derecho y la democracia.

En vista de ello, que no haya conmemoración oficial alguna de lo acontecido en 1989 a nivel europeo es por lo tanto más que sorprendente. En algunas conmemoraciones de la Segunda Guerra Mundial hay referencias al año como el momento cuando “Europa se liberó del doble lastre del totalitarismo” y también se menciona en casi todos los debates y documentos oficiales de la UE sobre asuntos relacionados con la ampliación de la Unión y los derechos humanos, pero las instituciones europeas no han reservado fecha especial alguna para la conmemoración oficial de 1989. La única excepción fue en 2009, cuando el PE organizó el 11 de noviembre una sesión solemne con motivo del XX aniversario del cambio democrático en la Europa Central y Oriental, y

en 2010 cuando se reunió el 7 de octubre con motivo del XX aniversario de la reunificación de Alemania. En 2014, el PE celebró el XXV aniversario de la caída del Muro de Berlín el 12 de noviembre. No se organizó sesión especial alguna, aunque el presidente del PE, Martin Schulz, abrió la plenaria con una declaración excepcional. Curiosamente el X aniversario no había llegado a celebrarse. Aparte de estos cuatro hechos aislados, aparentemente no ha habido conmemoración paneuropea oficial alguna de 1989.

Evidentemente, 1989 como *lieu de mémoire*, como momento en el tiempo donde se cristaliza la memoria, no se ha hecho un hueco en el calendario conmemorativo europeo del mismo modo que lo ha logrado a nivel nacional. Tampoco puede compararse con la importancia que 1945 (final de la Segunda Guerra Mundial) o 1951 (año de la Declaración Schuman cuyo aniversario, el 9 de mayo, se ha celebrado oficialmente desde 1985 como “Día de Europa”) ha cobrado para la política simbólica europea. Por el contrario, lo que sí puede observarse es el énfasis en una fecha muy distinta: el 23 de agosto de 1939, cuando se firmó el Pacto Mólotov-Ribbentrop, preparando el camino para la invasión de Polonia por parte de Hitler el 1 de septiembre de 1939 y para la ocupación de los estados bálticos en 1940 por Stalin. Y todo ello, a pesar de que el Pacto no afectó a todos los PECO con el mismo grado, sino que tuvo una incidencia marginal en países como Bulgaria, Hungría o Checoslovaquia. ¿Por qué cobró protagonismo esa fecha, aun cuando su significado no se compartía por igual en la región?

5. El 23 de agosto de 1939

El 23 de agosto había sido un día conmemorativo para muchos ciudadanos europeos desde hacía tiempo. Por poner un ejemplo, desde la década de los ochenta los movimientos de protesta occidentales había utilizado el denominado “Día del Lazo Negro” para llamar la atención sobre las violaciones de los derechos humanos en la Unión Soviética. Las consignas correadas durante las manifestaciones fueron adoptadas en muchas ocasiones por algunos de los PECO (concretamente por los estados bálticos y Polonia), donde se concedía una gran importancia a la fecha como arranque de la represión soviética. Las conmemoraciones culminaron en 1989 cuando aproximadamente dos millones

de personas formaron una cadena humana de 675.5 km de longitud que se extendía por los tres estados bálticos (Troebst, 2009; UNESCO, 2008). Pese a su evidente carácter transnacional, en un principio el 23 agosto continuó siendo un día conmemorativo nacional en muchos de los PECO, sin tener repercusiones en el calendario conmemorativo europeo, incluso una vez concluida la Guerra Fría. La idea de convertir al 23 de agosto en un día conmemorativo también a nivel europeo surgió por primera vez durante la presidencia eslovena, en abril de 2008. En 2007, el Consejo de Justicia y Asuntos de Interior (JAI) había pedido a la Comisión que organizara, junto con la presidencia eslovena, una audiencia especial en el PE. La audiencia sobre “crímenes de genocidio, crímenes de lesa humanidad y crímenes de guerra cometidos por regímenes totalitarios” podría considerarse, probablemente, un compromiso que debía mostrar la voluntad del Consejo y de la Comisión de seguir tomando en consideración las peticiones de los representantes de los PECO de abordar el legado reciente de los regímenes totalitarios en Europa. Esto, después de que los ruegos de los representantes lituanos de incluir la negación de los crímenes perpetrados por los comunistas en la Decisión Marco de 2007, relativa a la lucha contra el racismo y la xenofobia, hubieran sido rechazados (Consejo de la Unión Europea, 2007).

También marcó el inicio de un período de intensa actividad en todas las instituciones europeas en cuanto a la conmemoración de los crímenes nazis y comunistas. De hecho, ya durante la presidencia eslovena la República Checa, que iba a ocupar la siguiente presidencia del Consejo, empezó a interesarse por el tema. En julio de 2008 el gobierno checo patrocinó una conferencia sobre “La conciencia europea y el comunismo”, organizada por el Instituto para el Estudio de los Regímenes Totalitarios. La denominada “Declaración de Praga”, que se redactó durante la conferencia, fue firmada por un gran número de europarlamentarios –entre otros– y se convirtió en uno de los documentos de referencia cuando, dos meses más tarde, el PE aprobó una declaración sobre la proclamación del 23 de agosto como “Día Europeo de Conmemoración de las Víctimas del Estalinismo y el Nazismo” (Parlamento Europeo, 2010, pp. 57-59). La declaración hace hincapié en las similitudes entre los regímenes nazi y comunista y reclama la igualdad de trato para las víctimas de ambos. Si bien declara claramente que “los regímenes totalitarios tanto nazi como comunista deben ser juzgados por sus propios méritos terribles”, empero hace comparaciones claras. Los paralelismos así establecidos entre el nazismo y

el comunismo se utilizaron luego para justificar el establecimiento del 23 de agosto “como un día de recuerdo de las víctimas de los regímenes totalitarios nazi y comunista, del mismo modo que Europa recuerda a las víctimas del Holocausto el 27 de enero” (Prague Declaration, 2008).

El análisis de los documentos demuestra, palmariamente, que la conmemoración de los crímenes nazis, ya muy institucionalizada, no solo sirvió de modelo para la de los crímenes comunistas, sino que también puede entenderse como una competidora dentro del legado europeo global. Esta idea reapareció con fuerza durante la audiencia “La conciencia europea y los crímenes del totalitarismo comunista: veinte años después”, organizada por la presidencia checa, con el apoyo del Comisario de Educación y Cultura, Ján Figel, y algunos de los MPE signatarios de la Declaración de Praga, y celebrada el 25 de marzo de 2009. También fue esta idea la que suscitó la mayor oposición de los europarlamentarios izquierdistas, para quienes la equiparación de los crímenes soviéticos y nazis era una tergiversación inaceptable de la historia. El resultado más patente de esta percepción fue la creación, en el período previo a las audiencias, de un “grupo de trabajo sobre la historia” por el Partido de los Socialistas Europeos (PSE), a fin de “invitar a la UE a actuar contra cualquier intento de reescribir la historia” (PES, 2009). El grupo preparó la línea argumentativa oficial del PSE durante las negociaciones sobre la resolución. Además, es probable que su misión “encubierta” fuera la de proporcionar un contrapeso a la presencia dominante del Partido Popular Europeo - Demócratas Europeos (PPE-DE) en la asamblea que había preparado la conferencia de Praga. Pese a los esfuerzos de los socialistas por establecer los términos del debate, fueron los miembros del PPE-DE quienes presentaron una propuesta de resolución el 25 de marzo de 2009. En respuesta, el grupo de trabajo del PSE presentó inmediatamente la suya. Al día siguiente, la conservadora Unión por la Europa de las Naciones (UEN), el Grupo de la Alianza de los Liberales y Demócratas por Europa (ALDE) y el Partido Verde Europeo hicieron lo propio. Los únicos dos grupos que no contribuyeron con una propuesta y se negaron a participar en el debate fueron el Grupo Confederal de la Izquierda Unitaria Europea (GUE) de extrema izquierda y los euroescépticos del Grupo Independencia/Democracia (IND/DEM).

Las distintas propuestas de resolución se distinguieron fundamentalmente por la dispar importancia que se daba a los crímenes nazis en comparación con

los comunistas y por las acciones propuestas para abordar el legado de esos regímenes. Mientras que la propuesta del PSE se alejaba del enfoque binario nazismo-comunismo, empleando expresiones tales como “regímenes autoritarios y totalitarios” y diferenciaba claramente entre las ideologías estalinista y comunista, la del PPE-DE hablaba de “regímenes totalitarios comunistas” sin prestar la debida atención a la memoria del Holocausto (PES, 2009b; PPE-DE, 2009). Las medidas planteadas para dar cabida a esta memoria variopinta incluían el apoyo a la investigación histórica y la creación de un tribunal internacional. El único elemento que estuvo igualmente presente en todas las propuestas tenía que ver con la conmemoración: todos los grupos reclamaron la proclamación de un día conmemorativo paneuropeo para las víctimas de los regímenes totalitarios. Teniendo en cuenta las marcadas diferencias de opinión entre los distintos grupos, esencialmente entre los socialistas y los conservadores, no resulta sorprendente que el PPE, la UEN, el ALDE y el Partido Verde Europeo lograran llegar a un acuerdo sobre una propuesta conjunta en los días previos al debate plenario, si bien el PSE se negó a participar. La negativa acabó colocando a este último grupo en una posición negociadora ventajosa, gracias a la cual logró imponer casi todas – a saber, ocho de once – las enmiendas propuestas durante las dos sesiones plenarias celebradas el 25 de marzo y el 2 de abril de 2009.

Los debates fueron animados. Un análisis detallado de las actas parlamentarias revela que las diferencias de opinión atravesaban las líneas divisorias ya existentes, abriendo nuevas grietas tanto nacionales (el este contra el oeste), como ideológicas (la derecha contra la izquierda). A primera vista, el escenario resultante parece incontestable: los conservadores, apoyados por los liberales y el Partido Verde Europeo se opusieron a los socialistas, en tanto que el grupo de extrema izquierda se negó a participar. Un análisis más profundo de las actas revela una realidad mucho más compleja: la situación en el seno de los partidos transnacionales estaba muy lejos de ser homogénea, con evidentes divisiones internas. En el PSE, por ejemplo, cuatro de los cinco miembros que habían preparado las enmiendas propuestas eran de la Europa Occidental. A juzgar por los resultados de la votación nominal, se hace patente que muchos MPE de los “antiguos” estados miembros apoyaron la línea del PSE. No obstante, esta observación no se cumple para todos los grupos políticos. En el PPE-DE, por ejemplo, no puede discernirse un nítido patrón de votación este-oeste, lo que apunta a la suposición de que las preferencias de votación de los

europarlamentarios solo pueden entenderse teniendo en cuenta los distintos contextos históricos nacionales y sus experiencias con el comunismo. En Grecia, por ejemplo, los comunistas desempeñaron un destacado papel durante la guerra civil, luchando efectivamente contra el régimen militar, lo que podría explicar por qué los MPE griegos se mostraron muy reticentes a la hora de votar sobre una resolución que trababa por igual al comunismo y al nazismo. Casi todos los representantes griegos en el PPE-DE se abstuvieron en la votación. En Alemania, la experiencia del comunismo en la RDA tuvo un efecto similar, siendo alemanes la práctica totalidad de los 30 representantes del PPE-DE que votaron en contra de la resolución.

La resolución final se adoptó el 2 de abril de 2009 con una aplastante mayoría de 553 votos contra 44. Treinta y tres europarlamentarios se abstuvieron. Cuando se comparan las distintas propuestas con la resolución finalmente adoptada, queda claro hasta qué punto la posición del grupo socialista había influido en el proceso de redacción del texto definitivo. La “Resolución del Parlamento Europeo, de 2 de abril de 2009, sobre la conciencia europea y el totalitarismo” distingue claramente entre el estalinismo y el comunismo, también incluye las dictaduras de los países europeos meridionales en la lista de regímenes totalitarios y menciona explícitamente el carácter único del Holocausto. Y se proclamó el 23 de agosto como “Día europeo conmemorativo de las víctimas de todos los regímenes totalitarios y autoritarios”.

6. ¿El 23 de agosto de 1939 como lieu de mémoire?

Desde 2009, las instituciones europeas han recordado el 23 de agosto de distinto modo. Cada año se organiza un discurso especial pronunciado por el presidente del PE o el vicepresidente de la Comisión. No obstante, no ha habido más debates parlamentarios sobre el tema. Da la impresión de que, una vez que se hubo alcanzado un compromiso entre las distintas posiciones, el recuerdo del conflicto se esfumó por completo. Esto es particularmente sorprendente considerando la agresividad con la que los europarlamentarios se enfrentaron durante las discusiones previas, lanzando acusaciones tales como ‘anticomunismo vulgar’ o “relativización imprudente de los crímenes nazis” (Parlamento Europeo, 2009b). Que el compromiso parece superficial y

que, a pesar de las apariencias, los conflictos de memoria siguen latentes, puede deducirse del hecho de que tanto el Consejo como la Comisión tardaran bastante en reconocer el nuevo día conmemorativo. En junio de 2009, el Consejo expresó su apoyo por el deseo del Parlamento de aumentar la “concienciación europea sobre los crímenes cometidos por los regímenes totalitarios”, pero se abstuvo de prestar su apoyo incondicional a la institucionalización de un día conmemorativo especial a ese efecto (Consejo de la Unión Europea, 2009). La Comisión también valoró positivamente la resolución del PE de julio de 2009 como una “iniciativa importante”, pero esperó hasta 2011 antes de prestar especial atención al 23 de agosto, con la vicepresidenta y comisaria, Viviane Reding, emitiendo una declaración oficial aquel día (Comisión Europea, 2009).

A todas luces, el 23 de agosto no ha logrado consolidarse en el calendario conmemorativo europeo. De hecho, se ha incluido en la lista de días conmemorativos europeos que se celebran con una manifiesta falta de entusiasmo a nivel supranacional oficial⁵. Es interesante destacar, en este contexto, que el Consejo, que en un principio solo había mostrado un tibio apoyo al nuevo día conmemorativo, en 2011 aprobó la Declaración de Varsovia en la que instaba a los Estados miembros de la UE a observar el “Día europeo conmemorativo de las víctimas de todos los regímenes totalitarios y autoritarios” (Consejo de la Unión Europea, 2011a). Probablemente no sea casual que esto ocurriera durante la presidencia polaca, mientras que el período entre la adopción de la resolución en abril 2009 y el renovado interés mostrado por el Consejo en 2011 había transcurrido bajo las presidencias de Estados miembros de la Europa Occidental. El gobierno polaco intentó, obviamente, insuflar nueva vida a un proyecto que había empezado a caer en el olvido; lo destacable es la cautela diplomática con la que procedió. Tanto en la Declaración de Varsovia como en las conclusiones adoptadas por el Consejo “sobre la memoria de los crímenes cometidos por los regímenes totalitarios en Europa” se hace hincapié en que el 23 de agosto debe conmemorarse “a la luz de sus propias historias y especificidades” (Consejo de la Unión Europea, 2011b). Esta formulación cauta apunta claramente al conocimiento de la UE de las susceptibilidades de sus Estados miembros a la hora de institucionalizar un día conmemorativo que se

5 Junto con el Día del Holocausto, el Día Europeo de las Víctimas del Terrorismo, el Día del Holocausto del Pueblo Gitano y el Día de Europa.

caracteriza por unas connotaciones divergentes y a menudo conflictivas según el país.

Las evidentes reticencias de la UE a imponer cualquier norma a sus Estados miembros sobre cómo fomentar el recuerdo entre sus ciudadanos se puso en manifiesto en el documento, publicado justo después de la aprobación de la resolución del PE, en el que la Comisión subrayó que “corresponde desde luego a los Estados miembros decidir el camino a seguir a la hora de tratar a las víctimas y de fomentar la reconciliación” (Comisión Europea, 2009). Aparte del hecho de que la UE no disponía de los instrumentos jurídicos para imponer cualquier tipo de política de memoria sobre sus Estados miembros, la diferencia con otros días conmemorativos oficiales es aun así llamativa. En el caso del 27 de enero (Día del Holocausto) la UE se mostró menos vacilante a la hora de establecer directrices claras sobre cómo este día debe conmemorarse (Parlamento Europeo (1995, p.132; 2001, p. 503; 2005, pp. 37-39). La única explicación factible para esta diferencia es el hecho de que el 23 de agosto de 1939 es una fecha mucho más polémica que el 27 de enero de 1945 y que la UE intenta no interferir demasiado en un ámbito político que, hasta hace poco, se ha considerado como una de las prerrogativas indisputables de los estados-nación soberanos.

Esto no explica, sin embargo, por qué el 23 de agosto se ha convertido en un día conmemorativo europeo, mientras no ha ocurrido lo mismo con el 9 de noviembre de 1989. Si el nivel de implicación de la UE en políticas de memoria pudiera explicarse en parte por el grado de controversia que genera, entonces el 9 de noviembre sería un candidato mucho más obvio para un día conmemorativo simbólico paneuropeo que el 23 de agosto. Volviendo al marco teórico descrito al principio del presente artículo, cabe preguntarse hasta qué punto el 23 de agosto cumple los criterios para convertirse en un *lieu de mémoire* europeo. Aplicando los parámetros establecidos por Nora, la respuesta es ambigua. Al igual que el 9 de noviembre de 1989, el 23 de agosto de 1939 puede considerarse como un “gran acontecimiento” que inmediatamente se dotó de una fuerte carga funcional y simbólica. La firma del Pacto Mólotov-Ribbentrop marcó el comienzo de un período de represión que iba a durar seis años en la Europa Occidental y cincuenta en la Europa Oriental. No es de extrañar, entonces, que se convirtiera en punto de referencia para la formación identitaria, tan pronto como ese período llegara a su fin. Su lugar especial en

la historia de la Segunda Guerra Mundial y de la posguerra en Europa le ha conferido un aura simbólica. Como se ha podido confirmar, también demostró poseer la capacidad de metamorfosis, pasando de una fecha utilizada por los movimientos sociales de la Europa Occidental a convertirse en un punto de referencia para muchos europeos del este que intentaban hacer valer su condición de víctimas y su identidad.

Donde no prospera tanto es en la “voluntad de recordar”, lo que resulta particularmente evidente cuando se compara directamente el 23 de agosto de 1939 con el 9 de noviembre de 1989. Si esta última fecha se ha convertido en un símbolo del derrocamiento pacífico de un régimen autoritario, una imagen compartida por ciudadanos tanto del este como del oeste (a pesar del controvertido legado de 1989 entre los diferentes PECO -ver Bernard y Kubik, 2014-), la primera destaca por la imposición forzosa de un sistema totalitario, una experiencia que resuena más en los europeos del este que en los del oeste. Si bien es evidente que nunca se ha percibido la necesidad de organizar una sesión conmemorativa pública (exceptuando las dos audiencias especiales para los XX y XXV aniversarios) o un debate parlamentario con motivo del 9 de noviembre de 1989, argüiría que la voluntad de recordar esta fecha nunca ha sido cuestionada a nivel europeo. El hecho de que haya hecho aparición en casi todos los documentos que hacen referencia a los valores fundamentales de la UE, concretamente los derechos humanos, la autodeterminación y la democracia, permite suponer que desempeñe un papel mucho más importante en la propia autopercepción de la UE de lo que parecería a primera vista. No es necesariamente la especificidad del 9 de noviembre como fecha en la que cayó el Muro de Berlín –que naturalmente tiene una mayor repercusión entre los ciudadanos alemanes que entre los de otros países del antiguo bloque soviético– sino sus connotaciones simbólicas en cuanto al fin del orden europeo de posguerra que realmente cuenta aquí.

Como se ha podido ver en el análisis realizado, la situación del 23 de agosto parece muy distinta. Con poco o ningún eco a nivel nacional o local, lo que subyace al “Día europeo conmemorativo de las víctimas de todos los regímenes totalitarios y autoritarios” es, más que la genuina voluntad de recordar, un intento de reconocer las distintas trayectorias de varios Estados miembros de la UE. Tiene, por lo tanto, una función muy diferente a la del 9 de noviembre de 1989; de hecho, ambas fechas casi parecen antitéticas: una polémica y

de alcance limitado y otra compartida universalmente e indiscutible (al menos a nivel europeo). El enigma de por qué la primera tuvo más éxito a la hora de hacerse un hueco en el calendario conmemorativo europeo solo puede, en mi opinión, resolverse tomando en cuenta la función que tiene para la promoción de un relato unificador del pasado europeo. Esto hace que los debates previos a la adopción de la Resolución del Parlamento Europeo, del 2 de abril de 2009, sobre la conciencia europea y el totalitarismo, sean un magnífico ejemplo para un “acontecimiento de la memoria”, como el conceptualizado por Etkind et al. En el momento en que las instituciones de la UE decidieron convertir el 23 de agosto en un día conmemorativo europeo, contribuyeron a una “revisión del pasado” de carácter funcional. Dio lugar a un momento de agitación y de transformación en la esfera pública, surgido de un amplio abanico de géneros y de contextos para cambiar la forma en la que se conmemora el pasado.

Que la promoción de un solo régimen conmemorativo legítimo en Europa no era ni factible ni deseada se había demostrado ya en el contexto de la memoria de la Segunda Guerra Mundial y del Holocausto (ver Assmann, 2012; Pakier y Stráth, 2010). Las discusiones en torno a la elección del 23 de agosto sólo lo volvieron a confirmar. La designación de una fecha en lugar de otra por parte de la UE puede entenderse como una decisión consciente que se tomó en vista de las luchas continuas entre los distintos actores por el reconocimiento de sus memorias particulares. Si bien es posible que no haya necesidad de conferir sentido adicional al 9 de noviembre de 1989, convirtiéndolo en un día conmemorativo especial, el 23 de agosto equivale al reconocimiento de las experiencias dolorosas de aquellos Estados miembros de la UE que solo pudieron adherirse a la Unión después de que la partición de Europa hubiera terminado.

Al igual que el 9 de noviembre de 1989, la especificidad de la fecha que conmemora el aniversario del Pacto Mólotov-Ribbentrop, y que tiene mayores repercusiones en los estados bálticos y Polonia que en Checoslovaquia o Eslovenia, desempeña un papel relativamente secundario aquí. Dadas las pugnas continuas entre los diferentes actores nacionales por el significado de 1989, la mayor distancia temporal de los acontecimientos de 1939 –que fácilmente podrían considerarse “cerrados”–, sin duda tuvo algo que ver también en la decisión final. Esto, junto con el hecho de que en algunos países (a saber, los bálticos), lo sucedido en 1989 siempre se ha contextualizado con referencias directas a 1939, explica por qué los europarlamentarios de todos los PECO,

independientemente del impacto que el Pacto hubiera tenido en sus respectivos países, estuvieron plenamente a favor de la institución del Día Europeo de Conmemoración de las Víctimas del Estalinismo y el Nazismo. Lo enraizado de la necesidad de políticas simbólicas que confieran el mismo estatus a los Estados miembros, tanto del este como del oeste, puede verse en el “Seguimiento de la Resolución del Parlamento Europeo sobre la conciencia europea y el totalitarismo”, que fue adoptado por la Comisión el 2 de julio de 2009. En este documento se reconoce que “los Estados miembros en la Europa Occidental deben ser más conscientes de la trágica historia de los Estados miembros del este, que también forma parte de nuestra historia europea compartida” (Comisión Europea, 2009). La decisión de escoger el 23 de agosto, en lugar del 9 de noviembre, como uno de los pocos días conmemorativos paneuropeos puede entenderse como una elección consciente a fin de alcanzar esta meta.

7. Conclusiones

Desde las primeras reacciones de las distintas instituciones europeas a los acontecimientos que se produjeron al otro lado del Telón de Acero, una de las preocupaciones recurrentes de todos los actores era tomar el rumbo correcto para seguir desempeñando, en el futuro, el papel de guardianes de los derechos humanos, la democracia y la autodeterminación nacional. Esta preocupación aparece como hilo conductor de cada una de las iniciativas que ha tomado la UE con respecto a la gestión pública de la memoria de aquellos hechos que han dejado una huella tan indeleble en la historia reciente de Europa. Pese al hecho de que el 9 de noviembre de 1989 hubiera sido candidato ideal para convertirse en un día conmemorativo europeo, así como punto de referencia perdurable para la futura formación identitaria europea, dado su peso simbólico, la balanza se inclinó por el 23 de agosto, fecha que tiene poco eco entre muchos ciudadanos europeos y que no ha logrado cobrar la misma importancia simbólica que otros días conmemorativos europeos (a saber, el 27 de enero). Puesto que ambas fechas son dos caras de una misma moneda, representando el comienzo y el fin de la opresión y la dictadura en la Europa Central y Oriental, la cuestión de por qué se escogió una en vez de otra puede explicarse tomando en cuenta su función, no sólo como momento en el tiempo donde se cristaliza la memoria,

sino también como expresión de políticas simbólicas que significan mucho más que la conmemoración propiamente dicha. El hecho de que se escogiera el 23 de agosto, exactamente setenta años después de la firma del Pacto Mólotov-Ribbentrop, ha de entenderse dentro del contexto mucho más amplio del intento de la UE de integrar a todos los Estados miembros con sus historias específicas.

Lo que subyace a todos los debates sobre los días conmemorativos europeos y sobre la potencial de los *lieux de mémoires* es la cuestión de si la UE debe promocionar una sola visión o múltiples perspectivas de los hechos históricos. Al optar por el 23 de agosto, la UE envió un claro mensaje a los nuevos Estados miembros, gesto simbólico que significaba nada menos que el reconocimiento de su amargo recorrido histórico y, con ello, la garantía incondicional de su plena adhesión a la Unión.

Esto no quiere decir que 1989 no tenga significado alguno para el proyecto europeo. Por el contrario, el hecho de que aparezca en casi todos los documentos más importantes que remiten a los valores fundamentales de la Unión atestigua su papel como signifiante simbólico. Con ello, quizá cumpla los requisitos para un verdadero *lieu de mémoire* europeo más que otras fechas conmemorativas. El hecho de que las prioridades de financiación para el programa “Europa con los Ciudadanos” 2014-2020 se centren en el XXV aniversario de la caída del Muro de Berlín y en el X aniversario de la adhesión de los países centroeuropeos y del este es solo una prueba más de ello. En este sentido, el papel que el 9 de noviembre de 1989 desempeña en la UE es comparable con el del 9 de mayo de 1950: más que un día conmemorativo se considera uno de celebración, un segundo “Día de Europa” que en algún momento podría llegar a tener el mismo significado como momento fundacional que el aniversario de la Declaración Schuman. En ese sentido, al no convertirlo en un día conmemorativo europeo oficial, la UE no ha perdido la oportunidad de crear un *lieu de mémoire* europeo, sino que simplemente ha dado preferencia a una fecha cuyo reconocimiento oficial tiene como objetivo promocionar un marco conmemorativo europeo inclusivo, que para los PECO simboliza nada menos que la garantía de plena y equitativa adhesión a la UE. En tal sentido, la forma en la que la UE ha abordado este conflicto concreto sobre la memoria es un buen ejemplo de cómo las instituciones pueden actuar como mediadoras de la memoria, reconciliando las necesidades y los intereses muy divergentes de sus Estados miembros.

8. Bibliografía

- Assmann, A. (2010). *Auf dem Weg zu einer europäischen Gedächtniskultur?* Wien: Picus Verlag.
- Beattie, A. (2007). Learning from the Germans? History and Memory in German and European Projects of Integration. *PORTAL Journal of Multidisciplinary International Studies*, 4.
- Bernard, M. y Kubik, J. (eds). (2014). *Twenty Years after Communism*. Oxford: Oxford University Press.
- Brix, E.; Bruckmüller, E. y Stekl, H (eds) (2004). *Memoria Austriae*. München: Oldenbourg Verlag.
- Den Boer, P; Duchhardt, H; Kreis, G. y Schmale, W. (eds). (2011). *Europäische Erinnerungsorte: Mythen und Grundbegriffe des europäischen Selbstverständnisses*. München: Oldenbourg Wissenschaftsverlag.
- Etkind, A. et al. (2012). *Remembering Katyn*. Cambridge, UK and Malden, MA: Polity Press
- Challand, B. (2009). 1989, Contested Memories and the Shifting Cognitive Maps of Europe. *European Journal of Social Theory*, 12, pp. 397-408.
- Closa, C. (2010). Negotiating the Past: Claims for Recognition and Policies of Memory in the EU. *IPP Working Paper* 8, pp. 1-22.
- Comisión Europea (2009). Follow-up to the European Parliament resolution on European conscience and totalitarianism, adopted by the Commission on 2 July 2009, 2 July 2009, <http://www.europarl.europa.eu/oeil/spdoc.do?i=17152&j=0&l=en> (consultado el 13 de febrero de 2015).
- (2011). Press Release: Statement by Vice-President Viviane Reding, EU Justice Commissioner on the Europe-wide Day of Remembrance for the victims of all totalitarian and authoritarian regimes, MEMO/11/564, 23 August 2011, http://europa.eu/rapid/press-release_MEMO-11-564_en.htm?locale=en (consultado el 13 de febrero de 2015).

- Consejo de la Unión Europea (2007). 2794th Justice and Home Affairs Meeting 19-20 April 2007. Luxembourg Press Release Nr: 8364/07. Luxembourg: European Union Council
- (2009). EU communication priority for 2009 – “20th Anniversary of the democratic change in the Central and Eastern European Countries”; draft Council conclusions; 10710/1/09, REV, 10 June 2009. Recuperado de <http://register.consilium.europa.eu/pdf/en/09/st10/st10710-re01.en09.pdf> (consultada el 13 de febrero de 2015).
- (2011a). Warsaw Declaration on the occasion of the European Day of Remembrance for Victims of Totalitarian Regimes, 23 August 2011, www.ipn.gov.pl/download.php?s=2&id=1175 (consultada el 13 de febrero de 2015).
- (2011b). Council conclusions on the memory of the crimes committed by totalitarian regimes in Europe, 9-10 June 2011, http://www.consilium.europa.eu/uedocs/cms_data/docs/pressdata/en/jha/122521.pdf (consultada el 13 de febrero de 2015).
- Feldbæk, O. (ed). (1991). *Dansk identitetshistorie*. Kobenhavn: C.A. Reitzel
- François, E; Kończal, K.; Traba, R. y Troebst, S. (eds) (2013). *Geschichtspolitik in Europa seit 1989: Deutschland, Frankreich und Polen im internationalen Vergleich*. Göttingen: Wallstein Verlag.
- François, E. y Schulze, H. (eds). (2001) *Deutsche Erinnerungsorte*. München: Beck.
- François, E. y Serrier, T. (2012). *Lieux de mémoire européens*. Paris: La Documentation Française.
- Isnenghi, M. y Alessandrone, E.P (eds). (1996). *I luoghi della memoria. Simboli e miti dell'Italia unita*. Roma: Laterza.
- Kattago, S. (2009). Agreeing to Disagree on the Legacies of Recent History. Memory, Pluralism and Europe after 1989. *European Journal of Social Theory*, 12, pp. 375-395.

- **Kuypers, J.A.** (2009). *Rhetorical Criticism: Perspectives in Action*. Lanham, MD: Lexington Books.
- **Littoz-Monnet, A.** (2013). Explaining Policy Conflict across Institutional Venues: European Union-Level Struggles over the Memory of the Holocaust. *Journal of Common Market Studies*, 51, pp. 489–504.
- **Mälksoo, M.** (2009). The Memory Politics of Becoming European: The East European Subalterns and the Collective Memory of Europe. *European Journal of International Relations*, 15, pp. 653-680.
- **Nora, P.** (1984-1992). *Les Lieux de mémoire* (siete tomos). París: Edition Gallimard.
- (1989). Between Memory and History: Les Lieux de Mémoire. *Representations*, 26, pp.7-24.
- **Pakier, M. y Stråth, B.** (eds). (2010). *A European Memory? Contested histories and politics of remembrance*. New York: Berghan.
- **Parlamento Europeo** (1993). Resolution on European and international protection for Nazi concentration camps as historical monuments". *Official Journal C 72*, 15/3/1993.
- (1995). Resolution on a day to commemorate the Holocaust. *Official Journal C 166*, 3/7/1995.
- (2001). Resolution on the remembrance of the Holocaust. *Official Journal C 121*, 24/4/2001.
- (2005). Resolution on remembrance of the Holocaust, anti-Semitism and racism. *Official Journal C 253E*, 13/10/2005.
- (2006). Resolution on the 60th anniversary of the end of the Second World War in Europe on 8 May 1945. *Official Journal C 92 E/392*, 20/04/2006, pp.392-394.
- (2008). Declaration on the proclamation of 23 August as European Day of Remembrance for Victims of Stalinism and Nazism, P6_TA(2008)0439. *Official Journal of the European Union*, 2008/9/23, C 8 E, 2010/1/14, pp. 57-59.

- Parlamento Europeo (Continuación)
- (2009a). Resolution on European Conscience and Totalitarianism. Final Resolution, P6_TA (2009) 0213. *Official Journal* C137 E/05, 27/05/2009.
- (2009b). European conscience and totalitarianism (debate), 25 March 2009, <http://www.europarl.europa.eu/sides/getDoc.do?pubRef=-//EP//TEXT+CRE+20090325+ITEM-010+DOC+XML+V0//EN&language=EN> (consultada el 12 de febrero de 2015).
- PES (Partido de los Socialistas Europeos) (2009a). *Politics of the Past: The Use and Abuse of History*. Vienna: Renner Institute.
- (2009b). Motion for a Resolution on European conscience and totalitarianism. B6-0164/2009.
- Pons, S. y Romero, F (eds). (2005). *Reinterpreting the End of the Cold War: Issues, interpretations, periodizations*. Abingdon & New York: Frank Cass & Routledge.
- PPE-DE (Partido Popular Europeo-Demócratas Europeos) (2009). Motion for a Resolution on European conscience and totalitarianism, B6-0165/2009.
- Prados, J. (2011). *How the Cold War Ended: Debating and Doing History*. Washington, DC: Potomac Books.
- Prague Declaration (2008). “Declaration on European Conscience and Communism”, 3 June 2008. Recuperada de <http://www.praguedeclaration.eu/> (consultada el 13 de abril de 2015).
- Probst, L. (2003). Founding Myths in Europe and the Role of the Holocaust. *New German Critique*, 90, pp. 45-58.
- Sarotte, M.E. (2009). *1989: The Struggle to Create Post-Cold War Europe*. Princeton: Princeton University Press.

- Sierp, A. (2014) “Integrating Europe - integrating memories. The EU's politics of memory since 1945”, en L. Bond y J. Rapson (eds): *The Transcultural Turn: Interrogating Memory between and beyond borders* (pp. 103-111). Berlín: De Gruyter.
- (2015). *Democratic Change in Central and Eastern Europe 1989-90. The European Parliament and the end of the Cold War*. Brussels: European Parliament.
- Troebst, S. (2009). “Der 23. August 1939. Ein europäischer Lieu de mémoire?” [www.eurozine.com / Osteuropa](http://www.eurozine.com/Osteuropa), 59.
- UNESCO (2008). Estonian, Latvian & Lithuanian National Commissions for UNESCO. *The Baltic Way - Human Chain Linking Three States in Their Drive for Freedom*, <http://www.balticway.net/index.php?page=baltic-way&hl=en> (consultado el 30 de marzo de 2015).